

Mi relación con Barcelona es muy antigua; todos los años, entre el cuarenta y cinco y el cincuenta y pocos, mi padre organizaba un mes de vacaciones en España.

Alquilaba un coche y preparaba minuciosamente el itinerario, con el mismo entusiasmo con el que más tarde lo recordaba. En cuanto a mí, desde que recuerdo que un tío mío —por lo demás poco dado a las artes— me animó a dibujar, me interesaban los museos y aquellas perdidas sacristías donde, improvisadamente, entre el polvo aparecía un Greco (mi tío me ofrecía cosas maravillosas: lápiz del número 1, gomas, estuches de acuarelas, cuadernos de papel costaneira, después Almaço, más tarde Whatman o Ingres o Conté; a cada mejora que experimentaba la calidad de mis dibujos le correspondía una promoción calculadamente decidida por mi tío que no sabía dibujar).

No había todavía turistas ni autopistas; estábamos más cercanos de las casas y de las personas. España era pobre; devastada; por doquier el polvo ocultaba la riqueza secular; polvo del color de Toledo, del Alcázar hasta el Tajo. El automóvil alquilado por mi padre tenía mucho éxito; la gente se congregaba alrededor para ver un modelo americano que no conocían.

A partir de mediados de los cincuenta dejamos de hacer vacaciones en España. Los precios habían subido y el cambio ya no era favorable. El Hostal de Santiago rodeado de autocares franceses señalaba los nuevos tiempos.

El automóvil alquilado ya no causaba sorpresa.

My relationship with Barcelona goes back a long time; every year, between nineteen forty-five and nineteen fifty-something, my father organised a month's holiday in Spain.

He would hire a car and painstakingly prepare the itinerary. With the same enthusiasm, he later remembered it.

As for me, from the moment I remember when an uncle of mine—otherwise little given to the arts—encouraged me to draw, I became interested in the museums and in those hidden shrines in which, suddenly, amidst all the dust, an El Greco would appear. (My uncle offered me wonderful things: No. 1 pencils, erasers, water colour sets, costaneira paper sketch pads, then Almaço, later Whatman or Ingres or Conté. Each time the quality of my drawings got better I was given a deliberately calculated promotion by my uncle, who could not draw).

In those days there were neither tourists nor motorways; we were closer to houses and to people. Spain was a poor country, a devastated country; everywhere you looked the dust covered a centuries-old wealth: dust the colour of Toledo, of the Alcázar and even of the Tagus. The car my father hired was a great success; people flocked to admire an American model they had never seen before.

In the mid fifties we stopped coming to Spain for our holidays. Prices had risen and the exchange rate was no longer in our favour.

The Hostal de Santiago, surrounded by French coaches, heralded the new times.

The hired car no longer caused surprise.

The year we visited Catalonia my father, as usual, studied what had to be seen; the family gathered around the big table in the dining room and made plans.

My interest centred on the Vic Museum and Gaudí.

I was not very interested in architecture; but even if Gaudí was not actually painting or sculpture, he at least seemed to be.

The first night—we arrived late—I went with my brother to see the Sagrada Família. It was dark and we were frightened. The streets were generally deserted. But in the Ramblas there was bustle and the usual procession of people one finds in all the towns and cities of Spain.

The following day I became aware that the strange sculptures were made from what can be found everywhere: windows, doors, plinths, ironwork, ceramic or stone friezes, roof tiles, guttering; everything very functional, adapted to the hands and the feet, to the five senses. Inside the Casa Milà I felt at home: there was nothing special except a magical atmosphere. Not very different from the other houses in well-aligned blocks, in airy streets where it is a pleasure to stroll, crossing one by one, all day long, the corners cut at an angle of forty-five degrees, the corners of profound spaces that Federico Correa was to show me

later.

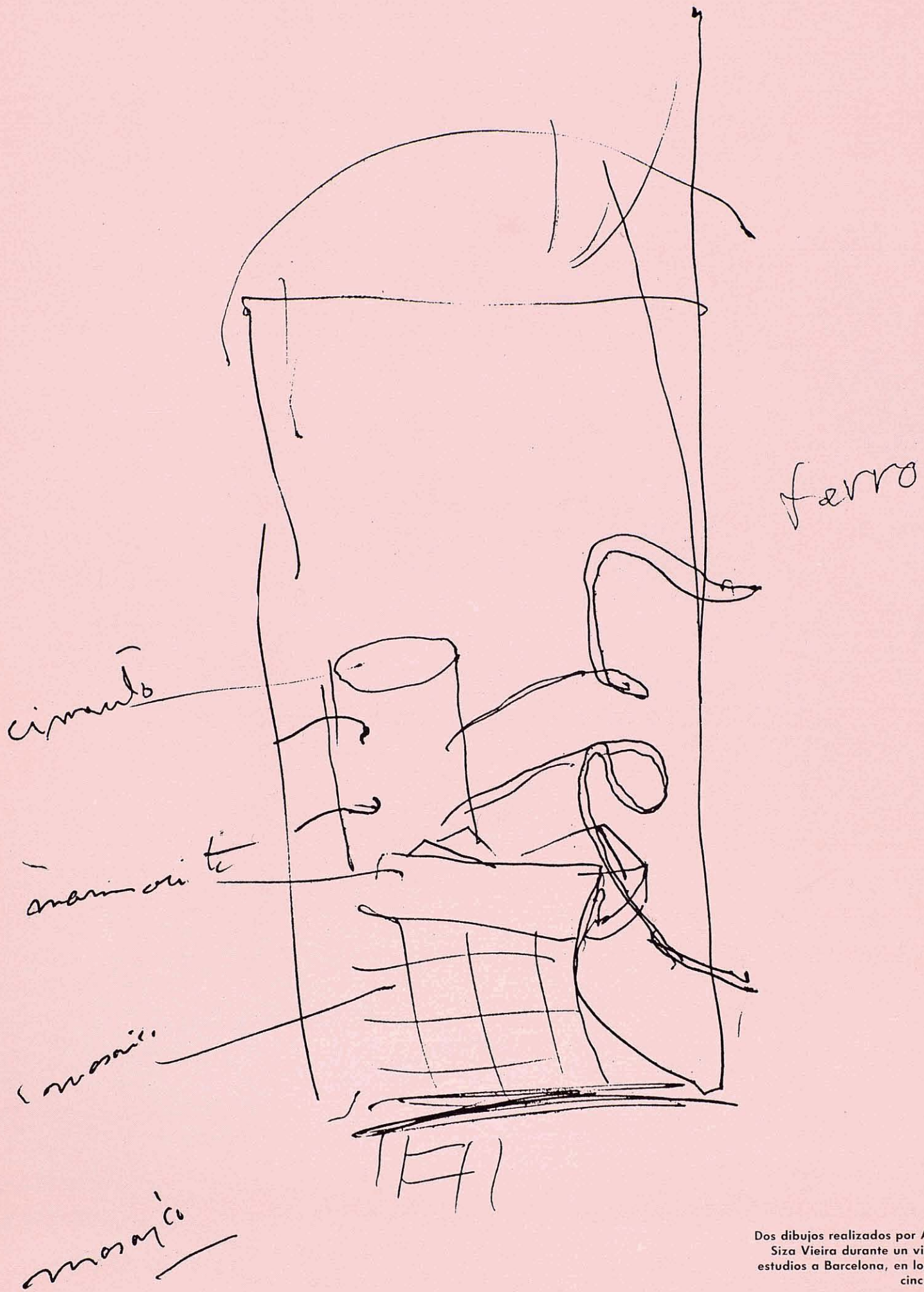
I had my first premonition that perhaps architecture interested me more than anything else; that it was within my grasp; all that was needed was to arrange windows, doors, plinths, ironwork, ceramic or stone friezes, roof tiles and guttering. I felt the heartbeat of normal section tubes, of electrical wires; and the movement of air through walls.

On the way back we stopped to have lunch in a nearby restaurant. I saw a poster advertising Colonia Güell. My father was tired of architecture and museums; but he let the chauffeur take me «over there».

When we came back they had just finished lunch. The chauffeur was hungry and disgruntled; my father pretended to be angry; my fifteen-year-old eyes were shining.

Up the Costa Brava, the blessing of the Mediterranean.

(Later I came this way at one hundred kilometers per hour. Wonderful motorways, Coderch in two seconds, a city in the Far West made of wooden façades. Enthusiasm, enthusiasm. The enthusiasm I needed: hands, feet, five senses).



Dos dibujos realizados por Álvaro Siza Vieira durante un viaje de estudios a Barcelona, en los años cincuenta.

Two sketches by Álvaro Siza Vieira, made on a journey to Barcelona during his studies, in the fifties.

En el año destinado a Cataluña, como siempre, mi padre estudió lo que había que ver; la familia se reunía alrededor de la gran mesa del comedor y hacía planes.

Mi interés se centró en el museo de Vic y en Gaudí.

Me interesaba poco la arquitectura; pero aquella parecía escultura, o pintura, o lo era.

La primera noche —llegamos tarde— fui con mi hermano a ver la Sagrada Familia. Estaba oscuro y sentimos miedo. Nadie por las calles. Pero en las Ramblas había animación y el desfile de gente habitual, como en todas las ciudades y pueblos de España.

Al día siguiente me percaté que las extrañas esculturas estaban hechas de lo que existe en todas partes: ventanas, puertas, zócalos, herrajes, frisos en cerámica o piedra, tejas, canalones; todo muy funcional, adaptado a las manos y los pies, a los cinco sentidos. Dentro de la Casa Milà me sentí como en casa: nada era especial, excepto una atmósfera mágica. No muy distinta de las otras casas de manzanas bien alineadas, en calles aireadas por donde apetecía pasear, atravesando todo el día, una tras otra, las esquinas cortadas a cuarenta y cinco grados, las esquinas de espacios profundos que Federico Correa me daría a conocer más tarde.

Tuve mi primer presentimiento de que quizás la arquitectura me interesase más que cualquier otra cosa; de que estaba a mi alcance; bastaba poner en danza ventanas, puertas, zócalos, herrajes, frisos en cerámica o piedra, tejas, canalones. Sentí el palpitar de los tubos de sección normal, de los hilos eléctricos; y el movimiento del

aire a través de las paredes.

De regreso, nos detuvimos a comer en un restaurante de los alrededores. Vi un cartel que indicaba: **Colonia Güell. Mi padre estaba cansado de arquitectura y de museos; pero accedió a que yo fuese con el conductor «allí al lado».**

Cuando volvimos acababan de comer. El conductor estaba hambriento y enfadado; mi padre fingía que estaba enfadado; mis ojos de quinceañero brillaban.

Costa Brava arriba, la bendición del Mediterráneo.

(Más tarde pasé por aquí a cien por hora, hermosas autopistas, Coderch en dos segundos, una ciudad del Far West hecha de fachadas de madera, entusiasmo, entusiasmo, el entusiasmo que necesitaba; manos, pies, cinco sentidos.)

A l v a r o S i z a - V i e i r a



Nace en Matosinhos, Portugal, en 1933. Estudia Arquitectura en la Escuela de Bellas Artes de Oporto, después de haber empezado su actividad como pintor y haber estudiado escultura.

La importancia de su labor pedagógica ha contribuido a la aparición de la Escuela de Oporto.

De su obra cabe destacar los proyectos SAAL de viviendas para obreros en Evora, las piscinas públicas de Oporto y un gran número de edificios de pequeña dimensión.

Actualmente vive en Oporto aunque realiza proyectos en Macao, La Haya, Venecia y Berlín.

Born in Matosinhos, Portugal, in 1933. He studied Architecture at the Oporto School of Fine Arts, having already begun his career as a painter and studied sculpture.

The importance of his didactic work has led to the setting up of the Oporto School: a group of architects whose projects arouse a great deal of interest. Outstanding among his works are the

Evora SAAL project for workers' housing, the public swimming pools in Oporto and a considerable number of buildings of small dimensions.

At present he lives in Oporto, although he carries out projects in Macao, The Hague, Venice and Berlin.

mosaico minudo

mosaico longo

mosaico minudo

ped



vê-se a
estereotomia
Pedra trabalhada
em grão muito
grosso.